

II
À ELISA

Aún yerra en el jardín de mis quimeras
aquel encanto pálido y lejano
que ponía en el luto del piano
el pensamiento gris de tus ojeras.

Y esta noche romántica, tú eras
luna, viento y cristal; tu dulce mano
estuvo entre las manos de este hermano
de todas las dolientes primaveras.

Mujer hecha de sombra y de jazmines,
deja en el triste azul de mis jardines
esa belleza que á la muerte arrancas;

tú que nos diste, oh, blanca flor de angustia!
bajo el lirismo de una fronda mustia
todo el perfume de las rosas blancas!

JUAN R. JIMÉNEZ.

III

Á VILLAESPESA

Tú sí que sabes arrancar del fondo
de tu doliente corazón el canto:
el canto dulce, indefinible y hondo,
que hace asomar á la pupila el llanto.

En el vaso del verso echas tus hieles,
y en él el alma atormentada pones;
y nos muestras, sin vanos oropeles,
la blanca desnudez de tus canciones.

Eres grande y sencillo. Verdadero
poeta, empuñas la sonante lira
y á cantar te adelantas... el primero.

¡Tu lira cruje de dolor, de ira,
y, al pulsarla tu mano, hasta el acero
de su cordaje ablándase... y suspira!

JULIO FLÓREZ.

IV

À VILLAESPESA

Es el Pegaso su corcel ardiente,
su fe y su juventud son su armadura;
va el verso por espada á su cintura
y es en sus manos rayo incandescente.

Como gallardo paladín valiente
defiende la bondad y la hermosura,
y altiva muestra su gentil figura
por casco heroico el arco de su frente.

Como defensa en el combate rudo
ciño á su brazo el reluciente escudo
y le impulso á la lid y á la victoria...

Volverá tremolando la bandera,
y alzará su caballo en su carrera
cegados relámpagos de gloria.

SALVADOR RUEDA.